

Un médico en la hora crucial de Antonio Maceo

Por MARTÍN AURELIO CORONA JEREZ

Médicos y guerreros se acostumbran, con lógicas razones, a encarar la muerte en diferentes circunstancias; pero eso no impide que sean únicos e inenarrables sus sobresaltos, dudas y miedos en determinados momentos, como aquel, cuando Antonio Maceo, en el apogeo de la gloria militar, cayó derribado por ocho balazos.

Según la mayor parte de los relatos, el bayamés Félix Figueredo Díaz tuvo la espinosa responsabilidad de asistir al cuerpo, casi sin vida, del primer cubano que había ganado, paso a paso, todos los grados del Ejército Libertador.

Esa tarea resultaría la más comentada entre los ejemplares servicios que prestó a la patria el distinguido galeno.

Vio la luz en 1829, pero ninguna fuente señala mes ni día. La falta o la imprecisión en datos de los próceres muestra carencia de investigaciones suficientes, y resulta notable que en el 2017 la historiografía cubana encontrara la fecha de nacimiento de Pedro Figueredo Cisneros (Perucho), una de las cumbres del pensamiento y la acción independentistas; pero todavía no tiene las de sus primos Félix Figueredo Díaz y Luis Figueredo Cisneros. Del último tampoco conoce cuándo falleció.

Los tres sobresalieron entre los conspiradores, desde antes de 1868. En la guerra, Perucho y Luis alcanzaron galones de Mayor General, en tanto Félix llegó a General de Brigada, nivel también logrado por otro pariente de ellos, el ingeniero Fernando Figueredo Socarrás, nacido en Camagüey.

Figueredo Díaz estudió en universidades españolas y a partir de 1859 radicó en la villa de Jiguani, donde ejerció la profesión, fue uno de los más activos masones independentistas y se levantó en armas, junto a Donato Mármol, Calixto García y otros patriotas, el 13 de octubre de 1868, con lo cual el lugar devino primer pueblo cubano liberado del colonialismo español.

Mandó la escolta de Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de la era de las revoluciones en el país; acompañó al Mayor General Máximo Gómez durante la invasión a Las Villas y se opuso a las sediciones de Lagunas de Varona y de Santa Rita, ambas lideradas por el Mayor General Vicente García.

Durante largo tiempo, Félix Figueredo dirigió el cuerpo de Sanidad Militar en Oriente, y en 1877 fungió, además, como médico personal de Antonio Maceo, una de las personalidades más brillantes en la historia de Cuba, sobre todo porque, desde la sencillez y la pureza del negro pobre, se hizo héroe y jefe. El 6 de mayo de aquel año, lo ascendieron a Mayor General del Ejército Mambí y tres meses después, el 6 de agosto, en el reñidísimo combate de Mangos de Mejías, recibió ocho de los 27 balazos que le dieron en 51 años de vida.

Según destacaría José Martí, al llegar al campamento la camilla, tal vez la hamaca, con el herido, varias mujeres soltaron el llanto y Mariana Grajales gritó para la historia: “¡Fuera, fuera faldas de aquí! ¡No aguanto lágrimas!”

Algo llama la atención: el bayamés fue el primer galeno que la historia ubica al lado del Titán de Bronce, es decir, el negro pobre debió subir hasta la cumbre de la milicia, para recibir los cuidados de un profesional.

Todavía conmueve e ilumina la carta enviada por el doctor a Máximo Gómez, principal maestro de Maceo en el peligroso arte bélico y entonces secretario de la Guerra en el gobierno de la República en Armas:

Agosto 11 a las 3 de la mañana

Mayor General Máximo Gómez

Querido amigo:

El estado del enfermo bastante grave y es de tenerse resultado funesto si no ceden los síntomas. La noche pasada ha podido muy poco reconciliar el sueño y en los momentos en que dormitaba lo hacía



delirando. La fiebre, que desde el primer día se presentó, en vez de ceder aumenta y su pulso late lo menos 110 veces por minuto. La lengua pastosa y seca. La sed es intensa. El vientre timpánico y un estreñimiento tenaz, que ayer empezó a ceder mediante lavativas emolientes que yo mismo le puse.

Las heridas de pecho no supuran y dos de ellas son penetrantes: las otras de la misma región algo inflamadas, pero éstas presentan la ventaja que sólo han ofendido la piel y que más obraron por contusión; de manera que en toda la parte anterior del pecho cuenta cinco heridas; en la mano derecha tres: una en la palma y el resto en los dedos anular y pequeño, que han presentado los primeros síntomas de gangrena, cuya estoy combatiendo con lociones cloruradas y con separar la parte esfacelada, razón por la que se está limitando. En la cura de ayer extraje de la herida de la palma de la mano una anilla metálica del tamaño de un medio, que examinada resultó ser del revólver con que hacía fuego cuando fué herido.

Distintas veces he tratado de explorar la principal herida del pecho para saber con fijeza los órganos que interesó y dónde quedó colocado el proyectil; y aún cuando no he podido dar con éste, me he convencido perforó a su paso el pulmón derecho en su parte superior y después fué a implantarse muy cerca de la columna vertebral de donde por ahora no se le puede extraer hasta que no forme foco purulento para practicar la contra abertura.

En este estado se hace por hoy imposible moverlo y esperemos ver si al cesar la fiebre y establecerse una supuración franca toma otro camino la enfermedad para entonces formar pronóstico más favorable.

El, sin embargo, queda despejado, tanto que ahora me llamó para decirme te dijera que no podía moverse hasta tres o cuatro días pasados que cree estará mucho mejor; y que por lo tanto podías moverte mandándole las novedades que ocurran y que puedan interesarle.

Esta carta no es la que debes mandar al Gobierno, pues por su estilo comprenderás no tiene lenguaje oficial.

La calentura reinante está aquí en su apogeo y María participa ya de la epidemia general.

Bueno es el mundo bueno, bueno.

Tu afmo.

Félix:

Estudiosos de estos temas, han hecho notar cómo Figueredo, consciente de lo complicado de la situación, escribió cinco días después del combate, a las 3:00 de la mañana, evidencia de desvelo constante al lado del jefe y de apuro porque la información llegara al destinatario.

Desde el inicio, el profesional precisa el estado grave del paciente y pronostica la posibilidad de un desenlace fatal. Las fiebres eran tan altas que lo llevaban al delirio, a la deshidratación (diagnosticada por la lengua seca, pastosa y por la sed).

En otra misiva, fechada el 29 de septiembre de 1877, Figueredo Díaz señalaba cómo “la inseparable esposa de Maceo, le seguía al pie, sin sustos...”

También Fernando Figueredo Socarrás escribió al respecto: “... su tierna esposa, la simpática María que como Ángel del bien, volaba cerca de la camilla del moribundo (...) El coronel José Maceo, su hermano y la delicada María volaban a interponerse entre el enemigo y la camilla siempre que sonaba un tiro”.

La historia recuerda que, en aquellos días, fue asaltado más de una vez el refugio del Titán, quien, todavía muy enfermo, montó en su caballo y pudo escapar de la espantosa persecución.

Así se forjó la entrañable amistad del guerrero con el doctor, quien, más que médico, devino consejero y amigo. Juntos participaron en la gloriosa Protesta de Baraguá y, tras el cese de las hostilidades, el bayamés se estableció en La Habana, donde falleció el 6 de junio de 1892, hace ahora 132 años.

No puede haber dudas: el patriotismo, el valor, el humanismo y la entrega profesional de Félix Figueredo Díaz alumbran la historia copiosa de la Medicina cubana y la estela inmortal de su patria.



Por EUGENIO PÉREZ ALMARALES

BARRICADA

El precio de la avaricia y de la ignorancia

Preocupación, desconcierto y hasta cierta pena, siento por esos “emprendedores” que mantienen un tablillero de precios astronómicos, a pesar de que sus clientes pueden contarse con pocos dedos.

Es como si confiaran en que la suerte es loca... y, alguna vez, lograrán vender todos sus productos en una jornada y ganarán millones.

Pero la realidad es que pasan días y el mismo cerdo asado continúa casi intacto en el mostrador -a riesgo de que se dañe la carne- y resulta extraño que alguien solicite almorzar en su establecimiento.

Es un hecho que unos cuantos -por no decir la mayoría- demoran demasiado en recuperar lo invertido.

El ansia irracional por ganar mucho y el desconocimiento de elementos básicos de los negocios, del manejo de la economía, son los “culpables”.

No saben que la velocidad de rotación del capital influye decisivamente en la cuota de ganancia; mientras más rápidamente recuperen el dinero invertido, más pronto obtendrán utilidades y podrán volver a invertir, incluso en mayores cuantías.

Al mismo tiempo, podrán pagar mejores salarios a los trabajadores, ganar mayor respaldo de sus colectivos, un mejor clima laboral, y muchas personas que no pueden adquirir sus productos y servicios a altos precios, se convertirán en clientes.

Acortar el ciclo es fundamental para obtener buenos resultados en la gestión financiera de un negocio, permite mantener el flujo de efectivo y garantizar beneficios.

Por si fuera poco, vender productos u ofrecer servicios a precios exagerados, tiene otras consecuencias negativas, entre ellas conseguir escasa clientela y hasta perder la que tiene.

Buena parte de sus clientes buscará otras opciones o se resignará a no adquirir esas ofertas, lo que conduce a ventas inferiores y a ganancias alejadas de las que pudiera agenciarse si baja los precios.

Nadie en su sano juicio disfruta de su mala fama, de saber que sus vecinos, antiguos compañeros o conciudadanos en general, no lo aprecian; por el contrario, lo critican, lo aborrecen y nunca olvidarán que su hijo no pudo adquirir el alimento que usted vendía, porque era inalcanzable para un bolsillo medio.

Aunque los “emprendedores” ambiciosos no lo crean, con sus precios desmedidos disminuyen las ventas y alcanzan menor rentabilidad, resultados más visibles a mediano y largo plazos.

No lograrán la fidelización de los clientes, por la que se esfuerzan los empresarios inteligentes; pues la cifra de compradores habituales será limitada y tenderá a disminuir, en la medida en que el poder adquisitivo de la mayoría descienda.

Recordemos que un propósito del marketing -de las técnicas de mercado- es compensar las necesidades y expectativas de los clientes, mantenerlos satisfechos, pues sin clientes no hay negocio.

¿Sabrá esto aquel vendedor de clavos que le dijo a una persona que él vendía paquetes de una libra y no le importaba que el necesitado hombre requiriera solo la mitad?

¿Lo sabrá el que le arrebató a una casi-cliente el producto de su mano, cuando vio que le pagaría con billetes de cinco pesos, porque “yo únicamente acepto billetes grandes”, o quien se fue sin pan porque solo tenía menudo?

Los comerciantes -estatales y privados- que se empeñan en mantener precios excesivos, muestran desconocimiento de cómo funcionan los negocios y dañan a la mayoría de los ciudadanos.

En lugar de empecinarse en ganar más de manera deshonesta y azarosa, deberían ofrecer productos de calidad a precios justos, ocuparse de satisfacer a la mayor cantidad posible de clientes y, con ello, asegurar la permanencia y desarrollo de su proyecto a largo plazo.

¿Un consejo para los comerciantes? No se labren un cartel de avaro e irracional, dejen una huella positiva en quienes los conocen, inspiren confianza, respeto y admiración, para ser justos y para que sus descendientes se sientan orgullosos de ustedes.